



Un paraíso natural de plantas y paisajes

*María de las Mercedes Sosa y
María Betiana Angulo*

En Santo Tomé, estancia El Timbó.
© María de las Mercedes Sosa

La ecorregión del Iberá es considerada un paraíso natural, lleno de vida y colores. Conocida por ser uno de los humedales con mayor biodiversidad, alberga nada menos que 1.679 especies de plantas, la mayoría de ellas nativas. Este increíble ecosistema abarca una gran variedad de ecosistemas: se trata de una depresión que alberga ambientes inundables e inundados, grandes espejos de agua (lagunas), así como embalsados, esteros y pajonales. En las zonas más elevadas se observan islas en forma de lomadas de tierra firme no inundada, con pequeños restos de bosques (selva paranaense), palmares y sabanas (pastizales y praderas), creando un equilibrio asombroso.

En este paraíso, las plantas tienen su propio protagonismo. Por un lado, están aquellas que germinan y crecen en el agua, totalmente sumergidas o flotantes, conocidas como *plantas acuáticas*. Estas pueden crecer en aguas quietas, como lagunas y áreas despejadas de los esteros, o en aguas que corren como las del río Corriente; también en riachos, arroyos como el Carambola, canales como el Isiri y cañadas. Por otro lado, hay *plantas anfibias o palustres* que crecen asociadas a las riberas de los cuerpos de agua, arraigándose con sus raíces al fondo, dejando los tallos, hojas, flores y frutos en el medio aéreo. Estas valientes plantas se adaptan a ambientes que pueden estar inundados de manera permanente o temporal,

resistiendo incluso periodos de sequía más o menos prolongados. Dentro de estos ambientes encontramos bañados, malezales, pantanos, bajos y manantiales, donde el agua aflora y se dirige hacia la depresión iberana.

Tanto las plantas acuáticas como las anfibias son las más abundantes y desempeñan un papel crucial: proporcionan refugio y alimento a una gran variedad de aves, peces e insectos. Además, contribuyen a oxigenar el agua a través de la fotosíntesis, un proceso que mantiene la pureza característica de los esteros. La distribución de estas especies es homogénea en el Iberá; sin embargo, hay algunas que tienen distribución más zonal, como es el caso de la reina de las plantas acuáticas, el *irupé*, que sólo crece en el lado sudoeste del sistema, casi en las nacientes del río Corriente.

Y no podemos olvidar las sorprendentes islas flotantes formadas por las plantas de embalsado. Estas islas se convierten en un refugio dinámico, sus raíces retienen materia orgánica y proporcionan un hogar para otras plantas más robustas o incluso para plantas que crecen en tierra firme. Con el tiempo, se vuelven tan sólidas que se puede caminar – con cuidado– sobre ellas.

La diversidad en los esteros es increíble, las plantas carnívoras son un ejemplo fascinante de ello. Tienen una habilidad única para vivir en entornos con poca cantidad de nitrógeno y sales minerales. ¿Cómo lo logran? Capturan pequeños insectos con sus «trampas», que son como diminutos globos llamados utrículos. Es por esta característica que llevan el nombre genérico de *Utricularia*. Cuando florecen, se destacan en la laguna con manchones amarillos. Otro tipo de planta carnívora presente es la *Drosera*, que se asocia con turberas. Esta planta utiliza pelos glandulares para atrapar a sus presas. En estas turberas, la *Drosera* comparte espacio con plantas exclusivas, como musgos y helechos, creando un conjunto único que enriquece aún más la variedad de los esteros.

En tierra firme, la vegetación es igualmente fascinante. Hay bosques higrófilos asociados a cursos o espejos de agua que les suministran una humedad constante. Este tipo de vegetación se conoce localmente como



Equipo del Instituto de Botánica del Nordeste (Ibone), jornada de investigación de campo.
© Mercedes Sosa

monte y se la puede asociar con frecuencia a las lomas de arenas rojizas y amarillentas y a las proximidades de lagunas, esteros, bañados y arroyos.

También están presentes los bosques con *Prosopis*, cuya denominación se debe a la predominancia del espinillo o ñandubay o del algarrobo negro. Este bosque abierto se encuentra principalmente en el lado oriental del sistema y se extiende hacia el Sur. En líneas generales, ambos tipos de bosques (bosques higrófilos y bosques de *Prosopis*) son como comunidades de plantas organizadas en tres niveles: el de los árboles grandes (destacan por sus coloridas floraciones el lapacho, el ibirá pitá, el jacarandá, entre otros), el de arbustos más bajos y el de hierbas en el suelo. Se suman a esta gran comunidad, algunas plantas que trepan, otras que crecen en otras plantas (epífitas) y hasta algunas que se aprovechan un poco de las demás (parásitas).

Pero esto no es todo, junto con los bosques están las sabanas del Iberá formadas por pastos (gramíneas) altos y palmeras aisladas de pequeño porte (no más de 4 m), conocidas localmente como *yatay poñí* (*Butia paraguayensis*), que se extienden a ambos lados de la depresión del Iberá y

ocupan lomadas arenosas o suelos levemente ondulados, lo que añade aún más colores y formas a este paraíso natural.

La región ha enfrentado incendios durante periodos de sequía, lo que hace imperativo que nos involucremos en su conservación. La información recopilada por instituciones de investigación, como el Instituto de Botánica del Nordeste (UNNE-Conicet) y la Secretaría General de Ciencia y Técnica (UNNE), a través de relevamientos busca magnificar la masa vegetal afectada y seguir de cerca la evolución de la restauración de la vegetación, especialmente en áreas naturales no intervenidas. Esta valiosa información resalta la necesidad de una colaboración activa de la sociedad, ya que los bosques desempeñan un papel crucial en compensar y reducir la huella de carbono —el volumen de emisiones de gases de efecto invernadero procedentes de la actividad humana— y contribuyen a mitigar el cambio climático.

En resumen, los Esteros del Iberá son un tesoro de biodiversidad, donde cada planta contribuye de manera única a este escenario visualmente sorprendente, convirtiéndolo en un tesoro natural incomparable.

Estrellas de agua.
© Leopoldo Bayol

